

LUIS HERRERA CAMPÍNS: FRENTE A 1978

Charlie Brown

*"Se puede nadar contra la corriente.
Es más, las corrientes se hicieron para nadar en contra de ellas.
Y todos estaríamos perdidos si no fuéramos capaces de nadar río arriba".*

Jacques Maritain

I.

Corrían los tumultuosos días de agosto de 1978. En medio de una larga, agotadora y costosa campaña electoral, el candidato a la Presidencia de la República, Luis Herrera Campíns (LHC), se encontraba de gira por el oriente del país. Con 53 años de edad recién cumplidos, ya acumulaba una larga experiencia política. En su hoja de servicios poseía una destacada militancia en el partido Copei desde su fundación, hacía ya 32 calendarios, la ocupación de curules en la Asamblea Legislativa de su natal estado Portuguesa y en el Congreso Nacional (tres períodos, incluyendo la jefatura de la fracción parlamentaria); además de una Senaduría, siempre en representación del estado Lara. En paralelo, había acumulado una vasta experiencia como delegado internacional en congresos de la democracia cristiana en diversas partes del mundo y desde su adolescencia había sobresalido como un excelente columnista y orador.

El sol oriental se mostraba inclemente con la pequeña caravana de vehículos que se desplazaba por las polvorientas calles de aquel pequeño pueblo surense. La comitiva hizo una pausa en la plaza principal del lugar. Ante el arribo de la llamativa figura del candidato Luis Herrera Campíns -que representaba una rara mezcla de robustez y seriedad, pero también de la bonhomía de los hombres sabios- la práctica totalidad de los niños y una importante fracción de los adultos que habitaban la zona, acudieron con rapidez y alegría a recibirlo, en medio de vítores y un coro casi al unísono: "¡Luis Herrera! ¡Luis Herrera! ¡Luis Herrera!".

Si algo caracteriza a los orientales es, precisamente, esa espontaneidad. Decir lo que se piensa, pero sin pensarlo mucho. No se observará en ellos, especialmente en los de extracción popular, ningún atisbo de poses fingidas ni de hipocresía. Aquella reacción era auténtica. Herrera Campíns, en contraste, pertenecía a esa estirpe de figuras del llano, curtidas por la experiencia, de ojos pequeños y agudos, hablar pausado y frases precisas. Aun disponiendo de una formación cultural amplia, de una pluma exquisita y el dominio de varios idiomas, mantenía la llanura en su forma de ser. Uno de los integrantes de la comitiva, destacado dirigente copeyano de la región

sucrense, de piel oscura y figura menuda, no tardó en interrumpir la aparente reflexión del visitante ante la entusiasta recepción. “Lo aclaman, doctor Herrera”, se le escuchó decir, en un espontáneo reflejo de búsqueda de la opinión del agasajado, sin ocultar un leve y pícaro toque de lisonja.

La respuesta del candidato no dejó lugar a dudas. Sin desistir de saludar cálidamente a aquella pequeña aglomeración, afirmó discretamente: “No se trata de eso, mi estimado compañero. Es, simplemente, la novedad de la visita de una figura pública. No perdamos la perspectiva”.

Esos recorridos, los contactos directos con el venezolano común y la correcta interpretación de lo que veía no eran nuevos ni desconocidos para él. Efectivamente, desde 1971, LHC había dejado la jefatura de la fracción parlamentaria de Copei en el Congreso Nacional para iniciar lo que él mismo denominó como el “peregrinaje del diálogo” (Aveledo, 2024) en procura de agrupar apoyos internos en el partido, con miras a la escogencia del candidato oficial copeyano para las elecciones presidenciales de 1973. A pesar de no alcanzar la candidatura en esa ocasión, en un tumultuoso proceso que se abordará más adelante en el presente ensayo, LHC no detuvo sus esfuerzos sino que los redobló, ya no sólo a lo interno de la organización sino hacia todo el territorio nacional, con el horizonte proyectado hacia los siguientes comicios. Así como en 1957 había escrito su célebre ensayo “Hacia 1958” en referencia a lo que consideraba como un punto de inflexión en la historia contemporánea venezolana, para lo que se había ido cocinando una amalgama de ingredientes por bastante tiempo, LHC comprobó amargamente que las condiciones no estaban dadas en 1972 para su candidatura, pero que tendría que poner el ojo en 1978, y trabajar arduamente para lograrlo.

II.

No se trataba de un político común, ni siquiera bajo los cánones de la época. Formado bajo los estrictos pero edificantes preceptos de la educación lasallista, que le hizo descubrir una vocación de servicio social y al prójimo desde muy joven, su primer acto político reconocido lo protagonizó en 1941 cuando, cercano a cumplir 16 años de edad, representó a la Unión Nacional Estudiantil (UNE) en un evento de homenaje a Rómulo Gallegos con motivo de su proclamación simbólica como candidato presidencial (Peña, 1978). Comenzando a destacar por su fina pluma y verbo preciso, tuvo una recordada participación radial a nombre de la UNE el 19 de octubre de

1945, saludando el cambio de gobierno ocurrido horas antes y sumándose a Copei apenas se fundó en enero de 1946, destacando desde ese momento, no solamente por su juventud y procedencia de provincia, sino por su desprendimiento y espíritu de equipo.

Habiendo hecho buena liga con Caldera desde el principio, tenía todas las prerrogativas para ser considerado en el grupo de los fundadores, el más joven, pero fundador al fin y al cabo (Bustamante, 1990). Podría codearse con ellos -etiquetados como la generación de 1936- y, más pronto que tarde, estar de igual a igual, a pesar de pertenecer a la generación siguiente, la de 1946. No obstante, en virtud de su juventud e inexperiencia, tomó la valiente decisión de “bajar un escalón generacional”, reconociendo y que la forma más sostenible de aspirar a grandes metas dentro del partido -y con el partido- era preparándose y ayudando a formar a los jóvenes copeyanos o independientes en la democracia cristiana (Bustamante, 1990). Desde sus primeros años como militante copeyano, marcó un estilo propio, siendo sumamente cordial y buen compañero, con un verbo sagaz, inteligente y preciso, que combinaba con una actitud generalmente serena, observadora y reflexiva (Bustamante, 1990).

Luego de sufrir prisión y exilio por oponerse públicamente a la dictadura, teniendo que alejarse de su familia y completar su formación en el exterior, pudo regresar al país en 1958 e hizo esfuerzos sobresalientes para la formación de una matriz de opinión pública favorable a la sustentación de la naciente democracia, incluyendo su rol tras bastidores en la configuración del Pacto de Punto Fijo. Como parte de la tolda verde, participó en los procesos comiciales de 1958, 1963 y 1968 en apoyo al candidato Rafael Caldera, quien resultó victorioso en ese último año. En función de ello, siendo uno de los artífices de la conversión de Copei en un partido de alcance nacional, asumió la responsabilidad de un nuevo y complicado rol, como promotor del entendimiento del nuevo Gobierno con la tolda verde, luego de unas fricciones iniciales. Caldera había preferido a sus compañeros de la generación de 1936 para integrar su gabinete de ministros, lo que generó malestar en el partido, dada la variopinta mezcla de dirigentes de diferentes tendencias y épocas: además de aquella generación, también estaban las de 1946 y 1958 además que, en términos ideológicos, habían subgrupos que oscilaban entre el conservadurismo y el progresismo.

Superado este *impasse* inicial, LHC supuso, en 1971, que había llegado su momento de aspirar al cargo más alto de la República, y colocó sobre la mesa su nombre como precandidato copeyano para los comicios de 1973. El representante verde para ese evento debía ser escogido

por votación directa de los delegados presentes en la Convención Nacional del partido en marzo de 1972. Siendo la primera vez que Caldera no podía postularse a la Presidencia por restricciones constitucionales, éste apoyó públicamente a su Ministro del Interior, Lorenzo Fernández quien, según algunas versiones, no estaba muy dispuesto inicialmente para esa empresa.

Además de LHC y Fernández, se inscribieron como precandidatos los dirigentes Edecio La Riva y Arístides Beaujon. Los estatutos internos estipulaban que era necesario obtener más del 50% de los votos de los participantes en la Convención para hacerse de la candidatura. En caso contrario, los dos contrincantes con más votos asistirían a una segunda vuelta. Cumplido el proceso de votación, 433 papeletas fueron para Fernández, 297 para LHC, 193 para Beaujon y 33 para La Riva. La segunda vuelta la disputaron Fernández y LHC, con 506 y 443 votos respectivamente. Al momento de explicar tales resultados, algunas voces se escucharon señalando a factores como la presión de Caldera por su favorito, la economía del voto y roces internos entre los grupos de seguidores de LHC y Beaujon (Carnevali, 2014).

III.

A pesar de las acusaciones de una actitud poco entusiasta en la campaña electoral de Lorenzo Fernández frente a Carlos Andrés Pérez, lo cierto es que LHC aceptó gallardamente lo ocurrido en la Convención de 1972. Y, no solamente eso, sino que bajo la premisa de la preminencia del partido sobre cualquier otro interés particular, no siguió el ejemplo de Prieto Figueroa con Acción Democrática en 1968, de montar tienda aparte con sus seguidores luego de perder la elección interna por la candidatura blanca, como llegaron algunos a sugerirle. Aun así, con todo y que la derrota de Fernández en 1973 no puede atribuírsele precisamente a la acción u omisión de LHC, éste asumió la experiencia como propia y entendió que debía comenzar a construir una base firme, con el partido, hacia 1978. Al respecto declaró: "...creo que hemos sufrido una derrota (...) Tenemos medio millón de votos encima (...) eso no es para mirarlo como una empresa fácil sino, por el contrario, como una empresa difícil, que exige de nosotros el mayor trabajo, la mayor unidad y la mayor solidaridad de todos para poder retornar al poder el año 78 (...) Como el Eclesiastés lo dice: «Todo tiene su tiempo bajo el sol»" (Herrera, 1974).

En un ejemplo notable de perseverancia, LHC comenzó a tejer redes de apoyo a lo interno de COPEI, sacando provecho de la inclinación que desde sus primeros días de militancia había mostrado en aspectos del reclutamiento y la formación de nuevos integrantes del partido y de la

constante búsqueda de consensos y puntos ideológicos comunes entre las diferentes facciones internas, tanto en Caracas como en las sedes copeyanas de la provincia. Luego de cumplida esa meta, la mirada de LHC se volcó a las calles. En recorridos por todos los estados del país, fue auscultando acerca de las necesidades, carencias y problemas de las comunidades. Su reconocimiento público fue tal que, en aquel tiempo, LHC sufrió una agresión física de seriedad en la cabeza, por parte de un sujeto desconocido, que afirmaba querer impedir con ello que alcanzara la primera magistratura nacional.

En lo que se planteó como una combinación de un maratón con una carrera de obstáculos, LHC pudo recoger un fruto inicial de tales esfuerzos. En agosto de 1977, alcanzó la candidatura presidencial oficial de COPEI, nombrado por los 4.552 delegados verdes e independientes que participaron en la Convención Nacional, evitando la necesidad de llevar a cabo un proceso de elecciones internas primarias y forzando el retiro de la precandidatura de otro dirigente del partido que un pequeño grupo de seguidores había planteado (Garza, 2004). De este modo, LHC no solamente alcanzaba la candidatura por aclamación, algo que solamente Rafael Caldera había logrado en el partido, sino que tenía aún más peso, por tratarse de un evento abierto a la participación de independientes, a diferencia de los procesos previos, con exclusiva participación de los dirigentes de la tolda verde.

IV.

Los recorridos y encuentros “cara a cara” de LHC -ahora con la chaqueta de la candidatura oficial verde-, por Caracas y numerosas ciudades del interior del país no hicieron sino intensificarse, en una frecuencia casi diaria, en medio de una campaña que se vislumbraba complicada. Diferentes corresponsales de medios de comunicación y analistas políticos extranjeros fueron testigos de aquellos arrestos. En lo que representó un gran contraste con la estrategia de campaña de Acción Democrática por su candidato, Luis Pieñerúa Ordaz, basada en una costosa difusión por los grandes medios de comunicación y actos masivos, LHC cumplía jornadas de trabajo de campo 6 días semanales, de 16 horas diarias, con una media de 5 a 6 horas de sueño cada noche y breves siestas, de no más de 10 minutos, en el vehículo de turno. Y el séptimo día, que se suponía de descanso inclusive por los dictados cristianos, solía incluir reuniones con su equipo de trabajo (Handelman, 1978). De esta manera, LHC ya había podido obtener, de primera mano, un diagnóstico claro de lo que agobiaba a gran parte de las masas populares, y así mismo lo

denunciaba al comenzar su campaña: “(los servicios públicos se encuentran) echados a perder en todas partes, (hay) un déficit habitacional impresionante, una inflación que cada día castiga más a los sectores populares y a las clases medias (...) y un grave problema de inseguridad” (Njam, 1980).

Pero, aún con el descontento que podía palpar en la población por las numerosas expectativas no cumplidas, el horizonte no lucía claro ni despejado, con obstáculos de distinto tenor. En efecto, la encuesta de Datos, C.A., la principal firma evaluadora de opinión pública en el país, revelaba que para septiembre de 1977, los candidatos presidenciales de AD y Copei se encontraban igualados, con un 28% de las preferencias.

Uno de los obstáculos era el Gobierno nacional, encabezado por Carlos Andrés Pérez quien, además de poseer mayoría de su partido tanto en el Congreso Nacional como en el Senado y haber sido dotado de poderes extraordinarios por parte de estos entes desde el inicio mismo de su mandato, vió triplicar los ingresos fiscales en 1974, por los mayores precios internacionales del barril de petróleo como por un plan de endeudamiento público con el exterior, traduciéndolos en niveles inéditos de consumo y gasto público, que trastocaron no solamente las finanzas públicas sino también la esencia misma del papel del Estado y de los ciudadanos en la sociedad (Handelman, 1978b).

El fenómeno fue de tal magnitud, en un marco que permitió llevar a cabo la nacionalización de las industrias del hierro y del petróleo, que se crearon expectativas de bienestar progresivo en la población que resultaron imposibles de satisfacer. Una paradoja de abundancia de recursos, desigualmente distribuidos y que muchas veces no respondían a elementales prioridades públicas y sociales, derivaron en algunos efectos secundarios adversos. Mientras el país pasaba a tener el ingreso por habitante más alto de América Latina, se dispararon gastos suntuosos, como el que colocó a Venezuela como el mayor consumidor de whisky per cápita del planeta, estallaron fallas estructurales de agua potable o electricidad en numerosas partes del país, acompañado de un incremento de la delincuencia, denuncias de corrupción y un crecimiento urbano desarticulado, producto de la migración de grandes masas campesinas a las grandes ciudades y también de algunos países vecinos, atraídos por la súbita bonanza de ingresos y consumo (Handelman, 1978b).

Durante el lapso 1974-1978, Venezuela había recibido la mayor cantidad de recursos financieros de su historia republicana. Esa abundancia -que se asumió como permanente, pero

que la historia amargamente demostró su transitoriedad- no dejó de reflejarse en las dimensiones contrastantes de la campaña electoral de Piñerúa, frente a las de los otros candidatos en carrera. En efecto, Handelman (1978) señaló que, aun cuando no disponía de datos científicamente compilados, percibió personalmente una relación de 4 a 1 en los anuncios de campaña por la TV de Piñerúa respecto a LHC en la primera mitad de 1978, sin incluir los *spots* oficiales que, al mostrar algunos de los logros de la administración de Pérez, servían como una propaganda velada para Piñerúa, dado que el mensaje básico de su campaña era el de la continuidad administrativa. Para reforzar aún más dicha relación, se había recurrido a la habitual práctica de televisar los anuncios del candidato del partido blanco y los del Gobierno de forma consecutiva (Handelman, 1978).

Ante las debilidades para la oratoria pública de Piñerúa, no resultaba extraño que éste y su equipo rechazaran muy veladamente una temprana invitación de LHC a un debate público: el tiempo fue transcurriendo, y a medida que la campaña entraba en su fase final, los encargados de dar una respuesta alegaban que estaban preparando una contraoferta, que podría tratarse de grabaciones de cada candidato por separado y que luego en las televisoras se encargaran de editarlo, pero que no suponía ningún encuentro cara a cara entre los dos candidatos. Eso no lo aceptó LHC, ni tampoco otras ofertas de debate, por parte de José Vicente Rangel y de Américo Martín. Estaba claro que entre Piñerúa y LHC estaría el ganador de la contienda, y en consecuencia, por razones de interés público y de optimización de tiempo y de otros recursos, la prioridad era organizar ese evento con los candidatos principales. Finalmente, la propuesta del equipo de Piñerúa fue absurda, bajo una forma de debate fechado para el 30 de noviembre, a sabiendas que ya habría finalizado el plazo de campaña y propaganda por parte del Consejo Supremo Electoral.

Precisamente, en función de la falta de elocuencia del candidato blanco para una empresa de estas dimensiones, fue contratado un equipo de asesores norteamericanos, encabezado por el famoso Joe Napolitan, que le recomendó una estrategia de campaña basada en anuncios básicos, con fondo musical pegajoso, eslóganes puntuales, coloridos *spots* de jóvenes bailando, intercalados con testimonios de beneficiarios de las obras y programas del Gobierno de Pérez, en las que, por oleadas, y en una dosificación milimetrada, se mostrara a Piñerúa con alguna participación vocal en lo mínimo indispensable, haciendo uso de las grandes y costosas plataformas de los medios de comunicación masivos. Era una ventaja inocultable para Piñerúa,

dejando únicamente a LHC con alguna posibilidad matemática de derrotarlo y descartando así de una vez las opciones del resto de los candidatos en disputa (José Vicente Rangel, por el Movimiento al Socialismo; Diego Arria, por Causa Común, Luis Beltrán Prieto Figueroa por el Movimiento Electoral del Pueblo, entre otros).

En efecto, las estimaciones de los analistas y observadores cifraron entre 150 y 200 millones de dólares (de 750 a 1.000 millones de dólares actuales) el gasto total de la campaña electoral, que resultaba en una media de 30 dólares (150 dólares actuales) por persona habilitada para votar en ese proceso comicial y superaba a lo observado por cada votante de EEUU en el proceso equivalente de 1976 (Handelman, 1978). Por supuesto, que ese monto global de gasto en la campaña venezolana tenía un abismal desequilibrio entre los candidatos y partidos. Se estima que el presupuesto de la campaña del candidato adeco sería más del doble que el de LHC, sin considerar la promoción pública del Gobierno de Pérez (Handelman, 1978). Aun cuando dicho primer mandatario no era el primero que había caído en la tentación de influir en la campaña electoral para favorecer al candidato de su tolda, el impacto financiero y mediático de tal apoyo no tenía parangón.

En ese sentido, también causó ruido en la opinión pública la contratación por parte del Gobierno de una firma estadounidense de relaciones públicas a fin de que monitoreara el tratamiento que los medios de comunicación de ese país le daban a Venezuela y que hiciera lobby ante algunos actores relevantes en Washington. La suspicacia del contrato surgió porque Napolitan era uno de los socios principales de la firma, el monto del contrato era millonario y los servicios se prestaron simultáneamente con el desarrollo de la campaña electoral por la Presidencia. Rápidamente, un vocero del comando de Piñerúa, al ser consultado, manifestó que ello no era “censurable” ni representaba algún “conflicto de interés” (París, 1978). Casi en paralelo, el Ministro de Información del Gobierno descartó cualquier manejo irregular en ello, alegando que se trató de una simple coincidencia la contratación de servicios simultáneos por parte de Acción Democrática y del Gobierno adeco de los mismos consultores (Handelman, 1978).

V.

Bajo esas premisas, pensar en derrotar al candidato de Acción Democrática parecía un sueño lejano. No solamente se trataba del apoyo tácito que desde las altas esferas del poder recibía, sino

que esa organización política poseía una maquinaria bien aceitada, que le había permitido hacerse de la Presidencia del país en 3 de los 4 procesos comiciales efectuados desde 1958 –la única derrota fue favorecida por una división del partido- y obtener mayoría de forma ininterrumpida tanto en el Congreso Nacional como en el Senado. Para el momento de la campaña de 1978, con una cifra de personas habilitadas para votar de 5.500.000, los inscritos en el partido AD se estimaban en 1.300.000 individuos, duplicando a los 600.000 del partido Copei, su más cercano competidor. Asumiendo que los militantes propios de cada partido podrían ser susceptibles a no sufragar si su candidato no los convenciera, pero que nunca votarían por el contendor, estaba clara la ventaja teórica de entrada que AD mostraba, aun cuando la conquista del votante independiente era clave para las aspiraciones de cualquiera de los candidatos. LHC lo tenía claro al afirmar que “...solamente una minoría de compatriotas milita en los partidos políticos. La inmensa mayoría de la población es independiente, lo cual no quiere decir que no tenga una inclinación estable (...) o simplemente (...) pasajera, por una determinada tendencia, ideología o doctrina política.” (Peña, 1978).

Cuando en el mes de enero de 1978, la encuesta de Datos, C.A. colocaban a LHC superando a Piñerúa por 6 puntos porcentuales (27% a 21%), un importante integrante del Comando de campaña adeco, declaraba que Piñerúa iba a comenzar un indetenible ascenso, que lo conduciría, con base en la cantidad de militantes de AD, a un mínimo de 2,6 millones de votos en diciembre, que equivaldría a un aproximado del 50% de la votación, suficiente para ganar (Mora, 1978).

Efectivamente, sea porque para ese momento la campaña de Piñerúa no había arrancado de forma articulada o que la de LHC ya resultaba repetitiva en sus críticas a la administración de Pérez, para el mes de abril, las líneas de los 2 candidatos en los gráficos de las encuestas se habían cruzado y Piñerúa superaba a LHC, 28% a 26%. Ese fenómeno era atribuido, entre otras razones, a la cantidad de dinero invertido en la campaña de Piñerúa, a un evento de homenaje al expresidente Rómulo Betancourt por sus 70 años de vida y el 50mo. aniversario de su carrera política, que puso a AD en el foco público en el mes de febrero y a un cambio de fase de la estrategia de campaña de LHC, de la mera denuncia de los errores del Gobierno de Pérez y sus consecuencias, a otra con un discurso de propuestas de soluciones a los principales problemas del país (Cárdenas, 1978), pero cuyos efectos aún no se reflejaban en las mediciones de opinión pública.

Era tan clara la influencia pública del Gobierno de Pérez en la campaña, que su desempeño fue el tema central en la estrategia de ambos candidatos. Efectivamente, las críticas a esa administración habían sido el eje del mensaje inicial de LHC, al menos hasta el primer semestre de 1978 y, por otra parte, Piñerúa, al ser entrevistado declaraba que su plan de gobierno “no es ni puede ser otra cosa que la continuidad del programa de Carlos Andrés Pérez” (Piñerúa, 1978).

Otro aspecto que se debatió públicamente durante la campaña fue el del alcance y la influencia de los asesores norteamericanos. En el caso de Copei, el contratado fue David Garth quien, según voceros de Copei, se dedicó solamente a “orientar la estrategia de la propaganda del partido” (Curiel, 1978). La llegada de Garth a Caracas se produjo a mediados de año, en un momento en el que la ventaja que las encuestas mostraban para LHC en enero había desaparecido y, precisamente, su puntaje mostraba un leve pero sostenido descenso (28% en septiembre de 1977 a 27% en enero a 26% en abril y junio), que no se había hecho tan grave por la volatilidad de los números de Piñerúa, pero que resultaba inquietante y ameritaba tomar cartas en el asunto. Algunos de sus más cercanos colaboradores confesarían posteriormente que ése fue el momento más difícil de aquella contienda (Perdomo, 1978), porque aun la estrategia de campaña se encontraba terminando la primera fase -aparentemente ya agotada por repetitiva- de la denuncia de los problemas del país y de las fallas del Gobierno por atenderlos, que sería sucedida por unas fases de exaltación del candidato y de definición del mensaje, para la recta final.

Para algunos observadores y críticos resultaba inconveniente la imagen pública de LHC en esa cruzada, tanto en su vestimenta como en el lenguaje, porque señalaban que se trataba de un hombre con un elevadísimo nivel cultural y con una imagen pulcra, proveniente de un partido como Copei, percibido como conservador y que siempre había buscado diferenciarse de AD en esos términos, por lo que consideraban fingido el uso de refranes y términos populares, entre otros ademanes. El tiempo demostraría lo equivocado de aquellas observaciones. No solamente porque así se demostraba la capacidad de LHC de comunicarse efectivamente con los interlocutores en cada ocasión, sin perder su esencia, sino también porque, lo que se recuerda de él con mayor claridad en el imaginario popular, aún en la actualidad, es esa capacidad de utilizar refranes y expresiones sencillas, pero cargadas de significado, contexto y precisión, algo no igualado por ninguna figura política en Venezuela.

Durante la última semana de septiembre, LHC se encontraba 1 punto porcentual por debajo de Piñerúa (31% frente a 32%, en un salto de 8 puntos porcentuales del candidato adeco en 3 meses), ante lo cual expresó que “después de haber comenzado con una ventaja de 600 mil votos (en las elecciones de 1973), que ha gastado como 230 millones de bolívares (cerca de 53 millones de dólares de 1978 o 260 millones de dólares de la actualidad) (...) pues, nada más me lleva de ventaja un punto (...) si yo fuera candidato oficial, candidato del Gobierno, yo llamaría a todos los que están dirigiendo la campaña, alarmado y preocupado por lo que está pasando...” (Herrera, 1978).

Para principios de octubre, los periodistas Sofía Ímber y Carlos Rangel editorializaban en su muy sintonizado programa televisivo de las mañanas, acerca de lo inconvenientemente extenso de la campaña presidencial. Para ese momento, ya habían transcurrido 6 meses completos del período oficial establecido por el Consejo Supremo Electoral, y aún restaban 2 meses para los comicios, un lapso que excede, por mucho, lo permitido en naciones mucho más grandes, con mayor población votante y mayor complejidad operativa que Venezuela. Adicionalmente, si se considera que desde mediados de 1977 ya los principales partidos habían escogido a sus candidatos y que éstos, casi de inmediato habían comenzado a recorrer el país y a figurar en los medios, se podía concluir que el tiempo transcurrido era ya suficiente, el grueso de los mensajes para la población por parte de los candidatos se había enviado y era público su programa de gobierno. Finalizaban recomendando que el árbitro electoral dispusiera que las organizaciones políticas escogieran a sus candidatos casi al momento mismo del inicio del período oficial de la campaña (Ímber & Rangel, 1978).

En esos mismos días, una alta figura de COPEI declaraba que en los comicios “difícilmente cualquiera de los dos candidatos que llegara a ganar vaya a sacar más de 200 mil votos de ventaja sobre el otro (...)”. (Cárdenas, 1978). A manera de pronóstico, Ímber y Rangel planteaban los que consideraban los dos escenarios más probables: un triunfo de Piñerúa, por 100 mil votos o uno de LHC, por 50 mil votos (Ímber & Rangel, 1978b). Efectivamente, la encuesta de Datos, C.A. de noviembre ponía a Piñerúa con 32% frente a 30% de LHC, con 11% de indecisos.

VI.

Otro de los frentes de ataque que tuvo que enfrentar LHC venía del propio partido COPEI, la mayoría de las veces estando involucrado Rafael Caldera, de forma directa o indirecta. LHC siempre respetó a Caldera y su posición como líder indiscutible del partido, sin buscar privilegios ni prerrogativa especial alguna del hecho de pertenecer a la alineación fundadora en 1946. Desde un principio supo que la construcción de su liderazgo debía basarse en méritos propios y a pulso, no por imposición y sin desplazar a nadie. No obstante, esa actitud no siempre recibió la comprensión ni la reciprocidad interna en el partido.

Particularmente, Caldera no pareció dispuesto nunca a darle espacio a nadie que pudiera hacerle sombra dentro de la organización. De forma ininterrumpida desde 1946 (en los procesos de 1947, 1958, 1963 y 1968) había sido candidato presidencial por COPEI, sin oposición alguna en el partido. No obstante, como ya se mencionó, en 1972, en la primera oportunidad que el partido tuvo que escoger a un candidato diferente por las restricciones impuestas por la Constitución de 1961 a la reelección presidencial, siendo Caldera el primer mandatario nacional, escogió a dedo a su favorito como precandidato y miembro de su gabinete de ministros, Lorenzo Fernández, y luego hizo todo lo que estuvo a su alcance para que fuese escogido como candidato oficial.

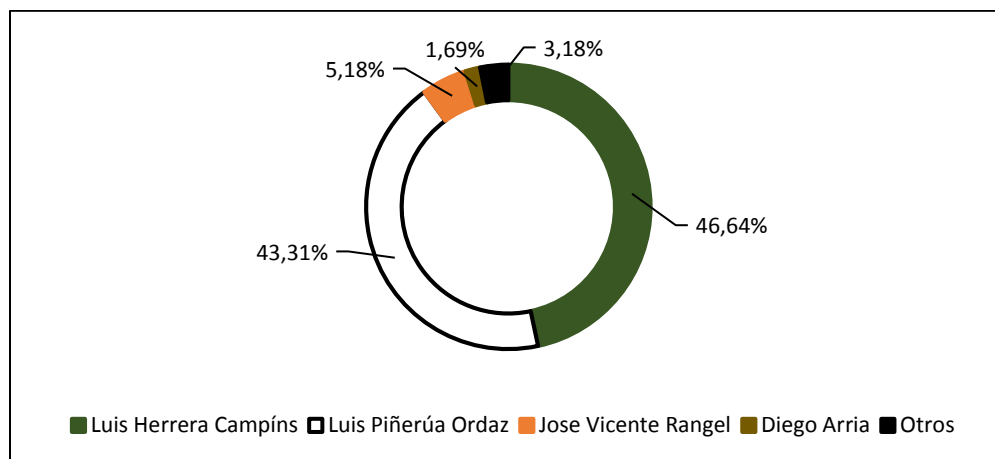
Para las elecciones de 1978, Caldera seguía sin posibilidad legal de ser candidato de nuevo, pero ante el trabajo de hormiguita desplegado por LHC desde su misma derrota de 1972, no le quedó más remedio que aceptar la candidatura de éste por aclamación. Para nadie era un secreto la incomodidad de Caldera con aquella situación: no solamente le habían igualado su hazaña de ser nombrado candidato por aclamación sino que además podía también LHC llegar a terrenos que Caldera consideraba reservados para él: controlar el partido y ser un Presidente con criterio propio. A pesar de los años de trato personal y de una militancia limpia y fiel, Caldera no confiaba mucho en la alineación ideológica de LHC con lo que él definía como la democracia cristiana y más bien, lo consideraba como inclinado a ciertos postulados afines a la izquierda que, en su criterio extrañaban los fundamentos del partido.

Efectivamente, Caldera le levantó el brazo a LHC en el acto de proclamación de su candidatura y dio un discurso de apoyo al respecto, pero luego no se hizo visible durante esa tempestuosa campaña electoral.

VII.

El domingo 3 de diciembre de 1978 se llevó a cabo el proceso de votación para escoger al quinto Presidente de la República por el sufragio directo, universal y secreto, bajo el sistema de libertades iniciado en 1958. Los resultados fueron los segundos más ajustados en la historia y el tercero en el que resultaba triunfador el candidato de la oposición. LHC obtuvo 2.487.318 votos, que representaron el 46,64%, por 2.309.577 votos para Luis Piñerúa Ordaz, un 43,31%, y el 10% restante quedó repartido entre los otros candidatos.

Figura1. Resultados elección presidencial Venezuela 1978

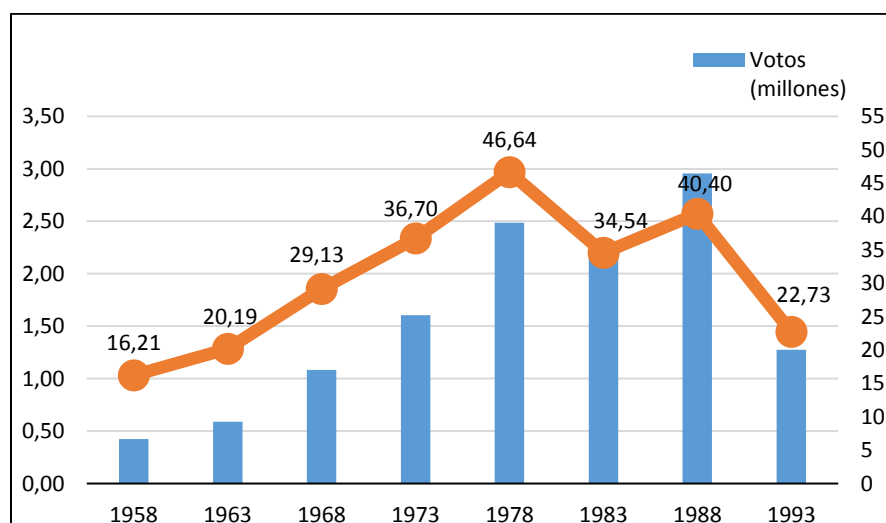


Fuente. Consejo Supremo Electoral.

A pesar de lo cerrada de las cifras, representaba para Copei el mejor resultado histórico, no solamente en términos absolutos y relativos, sino también en términos partidistas y en dimensión territorial. En lo primero, por la tolda verde habían sufragado 2.414.699 personas, un total de 45,21% del total, superando a los 2.309.577 y 43,31% de Acción Democrática. En lo segundo, LHC había ganado en 11 estados (Zulia, Mérida, Trujillo, Falcón, Lara, Portuguesa, Yaracuy, Nueva Esparta, Miranda, Aragua y Carabobo) y en el Distrito Federal, que representaban 72% de la población total y algunos de los polos más importantes en lo económico y financiero.

También habían sido las mejores cifras en el Congreso Nacional y en el Senado de la República para Copei, en las que, aun siendo minoría, alcanzó 84 curules de un total de 199 (42% frente a 44% de Acción Democrática) y 21 senadores de un total de 44 (47%, igualado con Acción Democrática), respectivamente. El aura de esa victoria pudo extenderla hasta junio de 1979, cuando Copei obtuvo, también por primera vez en la historia, alzarse con la mayoría en las elecciones de los Consejos Municipales, con un 54% frente a 34% de Acción Democrática (Silva, 2007).

Figura 2. Resultados de COPEI en elecciones presidenciales
1958-1993



Fuente. Consejo Supremo Electoral.

Esa combinación inédita de éxitos de Copei tenía nombre y apellido. Ya no se trataba solamente del crédito que varias generaciones del partido tenían en la configuración de COPEI como un partido de masas y alcance nacional, que se gestó de arriba hacia abajo, al contrario de AD (Caballero, 1984), y que además había logrado derrotar a un partido blanco unido, fuerte y con numerosos recursos (Caballero, 2010). Ni antes ni después, Copei alcanzaría un desempeño similar. Para LHC, en lo personal, esa hazaña de 1978 era la cúspide de las realizaciones de su vida política, resultado de una campaña admirable de casi 1 década, cargada de perseverancia, paciencia y claridad de objetivos.

VII.

Aun cuando el objetivo central del presente ensayo es hacer un recorrido por la ejemplar actitud de LHC para lograr sus objetivos políticos en el horizonte de 1978, cabe destacar brevemente que, como ocurre muchas veces en la vida misma, aquello no fue el final de una larga carrera de obstáculos, sino apenas el inicio de otra, más exigente y no exenta de obstáculos de distinta naturaleza, tan o más difíciles de superar que los anteriores.

No pasaría mucho tiempo para que aparecieran nubarrones en el horizonte. El expresidente Rafael Caldera movió certera y rápidamente sus piezas en el tablero verde para hacerse del control del partido en el proceso de escogencia de la directiva interna y la secretaría general en 1979, que había sido ocupada desde hacía 8 años y era copartícipe de esos triunfos copeyanos. En dicho proceso, Caldera logró imponer a las fichas de su preferencia y, al dirigirla mediante sus adláteres, prácticamente la convirtió en otra fuerza opositora al Gobierno recién instalado. No solamente LHC y su equipo de Gobierno tuvieron que confrontar la ruda oposición de Acción Democrática que, luego las derrotas de 1978 y 1979, pudo ir recuperando paulatinamente sus fuerzas y explotó sin misericordia los errores y omisiones de la administración copeyana a quien le tocó afrontar una complicada situación económica y fiscal, de desmontaje del esquema de desarrollo del gobierno anterior, en una coyuntura internacional muy turbulenta para naciones emergentes como la venezolana.

Las críticas de Acción Democrática a la gestión de LHC, junto con la de sindicatos, organismos de la sociedad civil y la Iglesia, en demanda de soluciones concretas en lo económico y social no era sorprendentes, sino consustanciales a toda democracia. Pero que de Copei hiciera algo muy parecido solamente cabía en la imaginación de los adversarios de la tolda verde. No fue así. En ningún momento las relaciones de COPEI como partido con la administración de LHC fueron armoniosas buscando distanciarse del desempeño de ésta, como parte de una nada velada estrategia de Caldera de postularse como candidato en 1983, que en ese momento ya le sería permitido según la Carta Magna vigente. En efecto, cuando en 1982, LHC se atrevió a asomar la posible precandidatura de Rafael Andrés Montes de Oca, uno de sus ministros y dirigentes de COPEI más cercanos para escoger al candidato verde para las elecciones del año siguiente, Caldera reaccionó con furia. ¿Cómo era posible que se atrevieran a suponer que no sería nombrado por aclamación y que debía medirse internamente?

De inmediato, el expresidente presionó y logró la renuncia de la precandidatura de Montes de Oca. Los rumores que le permitieron obtenerlo tan rápidamente y sin oposición apuntan a advertencias variopintas, como la de dividir al partido y lanzar su candidatura luego de montar tienda aparte, la de solicitar la expulsión de Montes de Oca de COPEI aprovechando su control interno o la de la revelación pública de información confidencial que manejaría de supuestas irregularidades por parte de funcionarios copeyanos en el Gobierno de LHC y cercanos a éste.

Al recibir nuevamente el estandarte como candidato por el partido verde en 1983, Caldera hizo una campaña centrada en su imagen personal y totalmente desconectada del Gobierno de LHC o de cualquier elemento vinculado con el mismo. Las severas dificultades del período 1979-1984 resultaron más complicadas de lo previsto y, a pesar de logros tangibles en lo educativo, cultural, deportivo y diplomático, la gestión de LHC es juzgada de forma muy severa en los recorridos históricos contemporáneos venezolanos. Las promesas de la campaña electoral, de mejorar la situación económica de los venezolanos, resultaron una cuesta demasiado empinada. El propio LHC consideraba, en la posterioridad, que había cumplido con el 85% de lo planteado en su programa de gobierno y asumía la responsabilidad de lo no logrado. El transcurrir del tiempo ha ido macerando aquellas experiencias y es imprescindible recordar y valorar su ejemplo, legado y experiencia para las nuevas generaciones.

Fuentes consultadas:

Aveledo, Ramón. *LUIS HERRERA CAMPÍNS, vida parlamentaria*. Concepto, selección y Estudio Introductorio. Tomo 1. Colección La República de Todos. Segunda Etapa. Publicaciones UCAB. Primera edición. Caracas, 2024.

Bustamante, Ana (1990). *Política exterior hacia el Caribe de los Gobiernos de Rafael Caldera y Luis Herrera Campíns: una visión comparada*. Maestría en Ciencias Políticas. Mención: Fronteras y Geopolítica. Universidad de Los Andes. Mérida, 1990.

Caballero, Manuel. *Historia de los venezolanos en el siglo XX*. Primera edición. Biblioteca Manuel Caballero. N° 16. Editorial Alfa. Caracas, 2010.

Caballero, Manuel. “Del sí afirmativo al si condicional”. *1984: ¿a dónde va Venezuela?* Primera edición. Editorial Planeta, S.A. Caracas. Pp. 139-151.

Cárdenas, Rodolfo (1978). Entrevistado por Sofía Ímber y Carlos Rangel. Programa Buenos Días. Venevisión. 3 de octubre de 1978.

[http://cic1.ucab.edu.ve/cic/php/buscar_1reg.php?Opcion=leerregistro&Formato=w&base=imber&cipar=imber.par&Mfn=299&Expresion=_\(!11978-10\)](http://cic1.ucab.edu.ve/cic/php/buscar_1reg.php?Opcion=leerregistro&Formato=w&base=imber&cipar=imber.par&Mfn=299&Expresion=_(!11978-10))

Cárdenas, Rodolfo (1978). Entrevistado por Sofía Ímber y Carlos Rangel. Programa Buenos Días. Venevisión. 16 de mayo de 1978.

[http://cic1.ucab.edu.ve/cic/php/buscar_1reg.php?Opcion=leerregistro&Formato=w&base=imber&cipar=imber.par&Mfn=1713&Expresion=_\(!11978-05\)](http://cic1.ucab.edu.ve/cic/php/buscar_1reg.php?Opcion=leerregistro&Formato=w&base=imber&cipar=imber.par&Mfn=1713&Expresion=_(!11978-05))

Carnevali, Dinorah (2014). *El hundimiento de los partidos políticos tradicionales venezolanos. El caso COPEI*. Caracas: Villegas Editores.

Curiel, José (1978). Entrevistado por Sofía Ímber y Carlos Rangel. Programa Buenos Días. Venevisión. 12 de julio de 1978.

[http://cic1.ucab.edu.ve/cic/php/buscar_1reg.php?Opcion=leerregistro&Formato=w&base=imber&cipar=imber.par&Mfn=1296&Expresion=_\(!I1978-07\)](http://cic1.ucab.edu.ve/cic/php/buscar_1reg.php?Opcion=leerregistro&Formato=w&base=imber&cipar=imber.par&Mfn=1296&Expresion=_(!I1978-07))

Garza, Rosa. *La democracia-cristiana en Venezuela: surgimiento y caída de COPEI*. Universidad Nacional Autónoma de México. Facultad de Filosofía y Letras. México, 2004.

Handelman, Howard. Report No. 45. South America. *The Making of a Venezuelan President: 1978*. HH-4-'78.

Herrera, Luis (1974). Entrevistado por Sofía Ímber y Carlos Rangel. Programa Buenos Días. Venevisión. 2 de enero de 1974.

[http://cic1.ucab.edu.ve/cic/php/buscar_1reg.php?Opcion=leerregistro&Formato=w&base=imber&cipar=imber.par&Mfn=93&Expresion=_\(!BHerrera_Campins,_Luis\)](http://cic1.ucab.edu.ve/cic/php/buscar_1reg.php?Opcion=leerregistro&Formato=w&base=imber&cipar=imber.par&Mfn=93&Expresion=_(!BHerrera_Campins,_Luis))

Herrera, Luis (1978). Entrevistado por Sofía Ímber y Carlos Rangel. Programa Buenos Días. Venevisión. 29 de septiembre de 1978.

[http://cic1.ucab.edu.ve/cic/php/buscar_1reg.php?Opcion=leerregistro&Formato=w&base=imber&cipar=imber.par&Mfn=3130&Expresion=_\(!I1978-09\)](http://cic1.ucab.edu.ve/cic/php/buscar_1reg.php?Opcion=leerregistro&Formato=w&base=imber&cipar=imber.par&Mfn=3130&Expresion=_(!I1978-09))

Ímber, Sofía & Rangel, Carlos (1978b). Comentario editorial. Programa Buenos Días. Venevisión. 27 de noviembre de 1978.

[http://cic1.ucab.edu.ve/cic/php/buscar_1reg.php?Opcion=leerregistro&Formato=w&base=imber&cipar=imber.par&Mfn=2921&Expresion=_\(!I1978-11\)](http://cic1.ucab.edu.ve/cic/php/buscar_1reg.php?Opcion=leerregistro&Formato=w&base=imber&cipar=imber.par&Mfn=2921&Expresion=_(!I1978-11))

Ímber, Sofía & Rangel, Carlos (1978). Comentario editorial. Programa Buenos Días. Venevisión. 2 de octubre de 1978.

[http://cic1.ucab.edu.ve/cic/php/buscar_1reg.php?Opcion=leerregistro&Formato=w&base=imber&cipar=imber.par&Mfn=180&Expresion=_\(!I1978-10\)](http://cic1.ucab.edu.ve/cic/php/buscar_1reg.php?Opcion=leerregistro&Formato=w&base=imber&cipar=imber.par&Mfn=180&Expresion=_(!I1978-10))

Mora, Reinaldo (1978). Entrevistado por Sofía Ímber y Carlos Rangel. Programa Buenos Días. Venevisión. 5 de enero de 1978.

[http://cic1.ucab.edu.ve/cic/php/buscar_1reg.php?Opcion=leerregistro&Formato=w&base=imber&cipar=imber.par&Mfn=450&Expresion= \(!I1978-01\)](http://cic1.ucab.edu.ve/cic/php/buscar_1reg.php?Opcion=leerregistro&Formato=w&base=imber&cipar=imber.par&Mfn=450&Expresion= (!I1978-01))

Njaim, Humberto. “Las prioridades de los candidatos presidenciales en la campaña electoral de 1978 (A la luz de diversas declaraciones y de sus Programas de Gobierno)”. *Politeia*. 9(9). 133-216. Caracas, 1980.

Paris, Pedro (1978). Entrevistado por Sofía Ímber y Carlos Rangel. Programa Buenos Días. Venevisión. 20 de julio de 1978.

[http://cic1.ucab.edu.ve/cic/php/buscar_1reg.php?Opcion=leerregistro&Formato=w&base=imber&cipar=imber.par&Mfn=2162&Expresion= \(!I1978-07\)](http://cic1.ucab.edu.ve/cic/php/buscar_1reg.php?Opcion=leerregistro&Formato=w&base=imber&cipar=imber.par&Mfn=2162&Expresion= (!I1978-07))

Peña, Alfredo. *Conversaciones con Luís Herrera Campíns*. Editorial Ateneo de Caracas. Colección Actualidad Política. Primera edición. Caracas, junio de 1978.

Perdomo, César (1978). Entrevistado por Sofía Ímber y Carlos Rangel. Programa Buenos Días. Venevisión. 8 de diciembre de 1978.

[http://cic1.ucab.edu.ve/cic/php/buscar_1reg.php?Opcion=leerregistro&Formato=w&base=imber&cipar=imber.par&Mfn=884&Expresion= \(!I1978-12\)](http://cic1.ucab.edu.ve/cic/php/buscar_1reg.php?Opcion=leerregistro&Formato=w&base=imber&cipar=imber.par&Mfn=884&Expresion= (!I1978-12))

Piñerúa, Luis (1978). Entrevistado por Sofía Ímber y Carlos Rangel. Programa Buenos Días. Venevisión. 5 abril de 1978.

[http://cic1.ucab.edu.ve/cic/php/buscar_1reg.php?Opcion=leerregistro&Formato=w&base=imber&cipar=imber.par&Mfn=479&Expresion= \(!I1978-04\)](http://cic1.ucab.edu.ve/cic/php/buscar_1reg.php?Opcion=leerregistro&Formato=w&base=imber&cipar=imber.par&Mfn=479&Expresion= (!I1978-04))

Silva, Luis. *De Herrera Campíns a Chávez*. Primera edición. Editorial Alfa. Caracas, 2007.